

chado con mil culpas y ligado con mil pasiones, permanece muy separado de él.

Este es el segundo beneficio del nacimiento de Jesucristo, en el que nosotros no tenemos parte alguna. Vino á destruir un culto puramente exterior que se limitaba á los sacrificios de los animales y á las observancias legales, y que no daba á Dios la gloria que le es debida, pues no le tributaba los respetos de nuestro amor, capaz solo de glorificarle. Vino á sustituir á estas vanas apariencias de religion, una ley que debe cumplirse entera en nuestro corazon, y un culto en que el primero y principal respeto debe ser el amor á su padre. Con todo eso, este culto santo, este nuevo precepto, este sagrado depósito que nos ha dejado, ha degenerado entre nosotros; hemos hecho un culto absolutamente farisaico, en que no tiene parte alguna el corazon, que no muda nuestras desarregladas inclinaciones, que no influye en nuestras costumbres y con el que nos hacemos mas culpables y abusamos del beneficio que debiera borrar y purificar todos nuestros delitos.

Finalmente, los hombres quisieron tambien quitar á Dios la gloria de su providencia y de su eterna sabiduría. Los filósofos, movidos de la extravagancia de un culto que multiplicaba infinitos dioses, y obligados por solas las luces de la razon á conocer un solo Ser Supremo, desfiguraban su naturaleza con mil opiniones ridículas. Unos se figuraban un Dios ocioso, metido dentro de sí mismo, gozando de su propia felicidad, que no se dignaba de bajarse á mirar lo que pasaba en la tierra, que en nada tenia á los hombres á quienes habia criado, interesando tan poco en sus virtudes como en sus vicios, y que dejaba á la casualidad el curso de los siglos y estaciones, la revolucion de los imperios, la suerte de cada particular, la máquina entera del

universo y toda la disposicion de las cosas humanas. Otros le sujetaban á un fatal enlace de sucesos, haciéndole un Dios sin libertad y sin poder, y al mismo tiempo que le contemplaban como dueño de los hombres, le tenian por esclavo de la suerte, siendo entonces los delirios del entendimiento la sola regla de religion y creencia de los que eran tenidos por mas ilustrados y sábios.

Jesucristo vino á dar á su Padre la gloria que le habian quitado los vanos discursos de la filosofía. Vino á enseñar á los hombres que la fe es la fuente de las verdaderas luces y que el sacrificio de la razon es el primer paso de la filosofía cristiana. Vino á fijar las dudas, enseñándonos lo que debemos conocer del Ser Soberano y lo que debemos ignorar.

No bastaba, pues, que los hombres para glorificar á Dios se sacrificasen su vida como á Autor de su ser, y renunciasen con esta confesion á la impiedad de la idolatría; que le sacrificasen su amor y su corazon como á su soberana felicidad, y confesasen de este modo la insuficiencia é inutilidad del culto exterior y farisaico de la Sinagoga. Era tambien preciso que le sacrificasen su razon como á su sabiduría y á su verdad eterna, y se desengañasen de este modo de las vanas averiguaciones y orgullosa ciencia de los filósofos.

El nacimiento, pues, de un hombre-Dios, la union inefable de nuestra naturaleza con una persona divina, destruye toda la razon humana, y este misterio incomprendible, propuesto á los hombres como toda su ciencia, toda su verdad, toda su filosofía, toda su religion, les hace desde luego conocer que la verdad que hasta entonces habian buscado inútilmente, debe buscarse, no con vanos esfuerzos, sino con el sacrificio de la razon y de nuestras débiles luces.

¡Pero ay! ¿dónde están los fieles que sacrifican á la fe su razon entera y que renunciando á sus propias luces, bajan los ojos con un silencio de adoracion y de respeto ante las majestuosas tinieblas de la religion? No hablo de aquellos impíos que aun viven entre nosotros y que no se acuerdan de Dios; éstos deben ser entregados al horror y á la indignacion de todo el universo, que conoce y adora una Divinidad; ó al horror de su propia conciencia, la que aun contra su voluntad la invoca y llama en secreto, cuando al mismo tiempo se están ellos exteriormente gloriando de no conocerla.

Hablo de la mayor parte de los fieles, que casi forman de la Divinidad una idea tan falsa y humana, como antiguamente formaban los filósofos paganos; que no cuentan con ella respecto de los sucesos de la vida, que viven como si la casualidad ó el capricho de los hombres decidiese de todas las cosas de la tierra, y que solo conocen á la felicidad y á la desgracia como las dos únicas divinidades que gobiernan el mundo y que presiden á todo lo que pasa en la tierra. Hablo de aquellos hombres de poca fe, que lejos de adorar los futuros secretos, ocultos en los profundos é impenetrables consejos de la Providencia, van á buscarlos en las ridículas y pueriles predicciones que atribuyen al hombre una ciencia que Dios se reservó para sí solo. Esperan con una necia persuasion en las locuras de un falso profeta, sucesos y revoluciones que deben decidir de la suerte de los pueblos é imperios; fundan sobre esto vanas esperanzas para sí mismos, y renuevan ó las extravagancias de los agoreros y Aruspices paganos, ó la impiedad de la Pitonisa de Saúl y los oráculos de Delfos y Dodona. Hablo de los que quisieran ver claramente los eternos caminos de Dios acerca de nuestros destinos, y que no pueden

do con solas las fuerzas de la razon resolver las insuperables dificultades de los misterios de la gracia en orden á la salvacion de los hombres, en vez de exclamar con el apóstol: *¡Oh profundidad de la sabiduría y ciencia de Dios!* están tentados á creer ó que Dios no se mezcla en nuestra salvacion, ó que es inútil el que nosotros cuidemos de ella. Hablo de aquellas personas secuaces del mundo que aplauden y tienen por convincentes aun las mas débiles y fútiles razones que la incredulidad opone á la fe; que titubean con cualquiera duda frívola que les propone el impío; que parece se alegrarian de que la religion fuese falsa, y que les hace menos fuerza el respetable peso de las pruebas que confunden á un entendimiento soberbio y confirman la verdad, que un discurso aéreo que la impugna, en el que por lo regular no se halla mas fondo que el atrevimiento de la impiedad y de la blasfemia. Finalmente, hablo de muchos fieles que dejan para el pueblo la creencia de tantos prodigios como nos ha conservado la historia de la religion, que parece creen que todo lo que excede á las fuerzas de los hombres excede tambien al poder de Dios, y que niegan los milagros á una religion que está fundada sobre ellos, siendo ella el mayor de todos.

De este modo usurpamos nosotros á Dios la gloria que le dió el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Este nos enseñó á sacrificar al incomprendible misterio de su manifestacion en nuestra carne nuestras propias luces y á vivir solo con la fe; fijó las dudas del espíritu humano y le sacó de los desórdenes y abismos en que se habia precipitado el entendimiento en orden á la verdad y á la vida; y nosotros la abandonamos y queremos caminar bajo los estandartes de la fe, como antiguamente bajo los estandartes, si es lícito decirlo así, de una flaca razon. Nos ponen en arma

los misterios de la fe que oímos; todo lo reformamos, de todo dudamos, queremos que Dios piense como el hombre. Sin perder del todo la fe, la dejamos debilitar dentro de nosotros mismos; no usamos de ella, y esta flaqueza de la fe es la que ha corrompido las costumbres, multiplicado los vicios, avivado en todos los corazones el amor de las cosas presentes, apagado el de los bienes futuros, introducido la discordia, el aborrecimiento, la disension entre los fieles, y destruido aquellos primeros rasgos de inocencia, de santidad y caridad que hizo tan respetable el cristianismo en los primeros tiempos, aun á los que rehusaban sujetarse á él. Pero no solamente el nacimiento de Jesucristo da á Dios la gloria que quisieron usurparle los hombres, sino que tambien da á los hombres la paz que continuamente se quitaban á sí mismos.¹ *Et in terra pax hominibus.*

SEGUNDA PARTE.

Reinaba una paz universal en todo el universo; cuando Jesucristo, príncipe de la paz,² vino á la tierra, todas las naciones sujetas al imperio romano sufrían tranquilamente el yugo de aquellos soberbios dueños del mundo: la misma Roma, despues de las guerras civiles que habian despoblado sus murallas, esparcido sus proscritos por las islas y desiertos é inundado la Asia y la Europa con la sangre de sus ciudadanos, respiraba ya del horror de estas turbaciones, y reunida bajo la autoridad de un César, hallaba en su esclavitud la paz de que no habia podido gozar en su libertad.

Estaba, pues, en paz el universo; pero esta era una paz

¹ Luc. 2. v. 14.

² Isai. 6. v. 9.

falsa; el hombre, entregado á sus injustas y violentas pasiones, padecía dentro de sí mismo la guerra y disension mas cruel; apartado de Dios, entregado á las inquietudes y furores de su propio corazon, combatido de la multitud y contrariedad eterna de sus desordenadas inclinaciones, no podia hallar la paz, porque no la buscaba mas que en el mismo origen de sus turbaciones é inquietudes. Los filósofos se preciaban de poderla dar á sus discípulos; pero aunque esta calma universal de las pasiones que ofrecían fiados en su ciencia, y que anunciaban con tanto énfasis, pudiese reprimir los excesos de la ira, dejaba todo el veneno y el tumulto en el corazon; era una paz de soberbia y ostentacion, era una falsa apariencia de paz; pero bajo de esta máscara el hombre permanecía siempre el mismo.

Hoy baja Jesucristo á la tierra para traer á los hombres aquella verdadera paz que hasta ahora no habia podido darles el mundo; viene á traer el remedio para el origen del mal; su divina filosofía no se limita á dar preceptos pomposos, que aunque puedan lisonjear al entendimiento, no curan las heridas del corazon, y como la soberbia, la sensualidad, los rencores y las venganzas habian sido las fatales raíces de todas las agitaciones que habia padecido el corazon del hombre, viene á darle la paz, destruyéndolas con su gracia, con su doctrina y ejemplo.

Sí, católicos, la soberbia fué la primera raiz de todas las turbaciones que despedazaban el corazon de los hombres. ¿Qué guerras, qué furores no habia encendido en la tierra esta funesta pasion? ¿con qué arroyos de sangre no habia inundado el universo? ¿qué otra cosa es la historia de los pueblos, de los imperios, de los príncipes y conquistadores, la historia de todos los siglos y de todas las naciones, sino la historia de las calamidades con que desde el

principio del mundo había la soberbia afligido á los hombres? El mundo no era mas que un teatro lúgubre en que esta pasión altiva é insensata ofrecia todos los dias las mas sangrientas escenas; pero esto que sucedia en lo exterior no era mas que una imágen de las turbaciones que el hombre soberbio padecia dentro de sí mismo. El deseo de ser ensalzado era tenido por virtud; la moderacion pasaba por cobardía; un hombre solo arruinaba su patria, trastornaba las leyes y las costumbres, hacia infelices á infinitos por usurpar el primer puesto entre sus ciudadanos, y el feliz éxito de su delito le granjeaba los respetos, y su nombre, bañado en la sangre de sus hermanos, era respetado en los anales públicos donde se conservaba su memoria, y un malvado feliz era el mayor hombre de su siglo. Esta pasión entre el pueblo no era tan ruidosa; pero no por eso era menos furiosa y funesta. No gozaba mas tranquilidad el hombre bajo que el público; cada uno queria adelantarse á sus iguales: el orador y el filósofo se disputaban y usurpaban la gloria, único objeto de sus trabajos y vigili-
as, y como los deseos de la soberbia son insaciables, el hombre que entonces tenia por honor el entregarse todo á ella, como no hallaba en ella cosa en que poder fijarse, tampoco podia estar pacífico y tranquilo. La soberbia, que era la única raíz del honor y de la gloria humana, era el fatal escollo del reposo y de la felicidad de los hombres.

El nacimiento de Jesucristo, enmendando este error en el mundo, restableció en él la paz que la soberbia había desterrado de la tierra: bien pudo manifestarse á los hombres con todas las señales de resplandor que le atribuyeron los profetas, bien pudo tomar los pomposos títulos de conquistador de Judá, de legislador de los pueblos, de Salvador de Israel: Jerusalem hubiera conocido por estos glorio-

sos caractéres al que esperaba; pero Jerusalem no veria en estos títulos mas que una gloria humana, y Jesucristo vino á desengañarla y enseñarla que esta gloria es nada, que semejante esperanza no era digna de los oráculos de tantos profetas como la habían anunciado, que el Espíritu Santo, que fué quien los inspiró, no pudo prometer á los hombres mas que santidad y bienes eternos; que todos los demás bienes, en vez de hacerlos felices, multiplicaban sus desgracias y pecados, y que su visible ministerio solo responderia á las pomposas promesas con que tantos siglos antes le anunciaban, porque seria absolutamente espiritual y solo se propondria la salvacion de todos los hombres.

Por eso nace en Belen en un estado pobre y despreciable, sin pompa alguna exterior, aquel Señor cuyo nacimiento celebraba al mismo tiempo la celestial milicia con cánticos; sin título alguno que le distinga entre los hombres, el que era sobre todo el poder y sobre todos los principados: permite que se escriba su nombre con el de los mas oscuros vasallos del César, aquel cuyo nombre era sobre todo nombre, y el que solo tenia derecho de escribir el nombre de sus escogidos en el libro de la eternidad. Solos los pastores sencillos y rústicos vienen á tributar respetos á aquel en cuya presencia debe doblar la rodilla cuanto hay grande en el cielo, en la tierra y en los infiernos; finalmente, en este espectáculo de su nacimiento se junta todo lo que puede confundir la soberbia humana. Si los títulos, la elevacion, las prosperidades hubieran podido hacernos felices en la tierra y dar la paz á nuestro corazon, Jesucristo se hubiera manifestado revestido de estos bienes y se los hubiera dado á sus discípulos; pero nos trajo la paz despreciándonos y enseñándonos á que nos despreciásemos á nosotros mismos. Viene á hacernos felices, vi-

niendo á reprimir los deseos que hasta entonces habian sido causa de nuestras inquietudes. Viene á manifestarnos los bienes mas verdaderos y durables, los que solo son capaces de calmar nuestros corazones, de llenar nuestros deseos y de aliviar nuestras penas; unos bienes que no pueden quitarnos los hombres y que con solo amarlos y desearlos los poseemos.

Pero con todo eso, ¿quién disfruta esta feliz paz? ¿son por ventura menores despues de su nacimiento las guerras, las turbaciones y los furoros? ¿están mas pacíficos los imperios y Estados que le adoran? ¿excita menos tumultos y confusiones entre los hombres la soberbia, á quien vino á aniquilar? Buscad entre los cristianos esta paz que debiera ser su herencia. ¿En dónde le hallareis? ¿acaso en las ciudades? La soberbia todo lo pone en ellas en movimiento; cada uno quiere ser mas que sus antepasados; para uno á quien eleva la fortuna, hay mil desgraciados que siguen sus pisadas sin poder llegar á donde el otro. ¿En el recinto de las casas? En ellas no se oculta otra cosa mas que cuidados é inquietudes, y el padre de la familia, continuamente ocupado mas en el adelantamiento que en la educacion cristiana de los suyos, les deja por herencia sus agitaciones é inquietudes, las que ellos tambien dejarán á sus descendientes. ¿En los palacios de los reyes? En ellos una desmesurada ambicion corroe y consume todos los corazones; en ellos, bajo un exterior de alegría y tranquilidad, se mantienen las mas violentas y amargas pasiones; en ellos es donde parece que reside la felicidad y donde la soberbia hace mas infelices y descontentos. ¿En el santuario? ¡Ahl sin duda que este debiera ser el asilo de la paz; pero aun hasta este santo lugar ha entrado la ambicion; buscan algunos en él mas la elevacion que el ser útiles á los fieles;

las dignidades santas de la Iglesia son, como las del siglo, premio de la solicitud y de los engaños: la religiosa circunspeccion del príncipe no puede contener las pretensiones y ocultos manejos; obsérvase la misma solicitud en pretenderlas, la misma tristeza cuando no se acuerdan de nosotros, la misma envidia contra los que son preferidos; un ministerio que no debia aceptarse sino temblando, se pretende con audacia; nos sentamos en el templo de Dios sin que su divina mano nos haya puesto en el asiento; nos ponemos á la frente del rebaño sin consentimiento de su dueño y sin que nos haya dicho como á Pedro: *Apacienta mis ovejas*.¹ Y como nos encargamos de este cuidado sin vocacion y sin talento, le gobernamos sin edificacion y sin fruto, y aun muchas veces con escándalo. ¡Oh paz de Jesucristo, que excedes á toda capacidad y que sola eres el remedio de las disensiones que continuamente excita la soberbia en nuestros corazones! ¿quién podrá introducirte en el del hombre?

Pero en segundo lugar. Si las inquietudes de la soberbia habian desterrado la paz de la tierra, no habian excitado menos turbaciones en ella los impuros deseos de la carne. El hombre, no acordándose de la excelencia de su naturaleza y de la santidad de su origen, se entregaba sin escrúpulo, como las bestias, al ímpetu de este brutal instinto; siendo esta en su corazon la mas violenta y universal de sus inclinaciones, la tenia tambien por la mas inocente y legítima, y aun para autorizarla mas, formó de ella culto y se hizo dioses impuros, en cuyos templos este infame vicio era el solo respeto que honraba sus altares. Un filósofo, aunque por otra parte el mas sábio de entre

¹ Joan, 21, v. 18.